

Mérida y el misterio de la Cueva del Cerdo

Mérida tiene una sonrisa curiosa y un flequillo pelirrojo que casi le tapa los ojos color verde, es bajita e inquieta, no para de moverse, acaba de cumplir los 11 años y nació, se crio y vive hasta ahora en Calamonte (curiosamente a una hora y cincuenta y nueve minutos caminando de Mérida, ciudad por la que lleva ese nombre). No llama la atención por nada en particular. Ni es mucho más baja que las niñas de su edad, ni tiene ninguna cualidad que la haga particularmente diferente, como tocar el piano como Beethoven o bailar ballet como Tamara Rojo. Pero no por este motivo no puede ser protagonista de este cuento. A diferencia de muchas niñas de su edad, ella amaba la Arqueología, todo su tiempo libre lo empleaba en buscar cosas perdidas de épocas pasadas, fósiles de dinosaurios, hasta piedras preciosas de otras épocas. Todo lo que estuviera enterrado o perdido, a ella le encantaba salir a buscarlo con su equipo de aventuras que fue formando de todos los regalos que pidió en cumpleaños o navidades. Su abuelo fue, hasta su jubilación, el conserje del teatro Romano de Mérida y su abuela la primera guía del museo de la ciudad. Mérida se crio rodeada de las historias que le contaba su abuela, muchas de ellas leyendas que no se sabe si son ciertas y muchas de ellas verdad verdadera de la buena; y de aventuras que vivía con su abuelo, que la colaba cuando nadie los veía al teatro romano, donde podía soñar como hubiera sido vivir en aquellas épocas. Imaginaros como se puso cuando se enteró que el Museo de Arqueología de Madrid haría un campamento de verano para 15 niños solamente, de 8 a 12 años, y que solo se podría tener una plaza si se enviaba un documento explicando un descubrimiento propio además de otro documento explicando que significaba para ellos la Arqueología. Tenía seis meses para encontrar algo, escribir dos documentos y enviarlos a Madrid. Mérida no sabía ni por dónde empezar, pero su

abuela le dio la primera ayuda: le recordó que el lugar donde ella nació es muy especial, y le daría las respuestas que necesita. Así fue como recordó la historia que su abuelo siempre le contaba cuando hacían la caminata desde Calamonte a Mérida, dos horas de aventuras. La historia de la Cueva del Cerdo es muy famosa en su pueblo. Cuentan que un pastor encontró una cueva muy extraña en la Sierra de la Moneda, para ver hasta donde llevaba metieron un cerdo que apareció semanas después en Mérida con un trozo de una vasija Romana en su boca. Mérida tuvo claro que para descubrir algo debía meterse en esa cueva. Si hay una noche en su pueblo en la que nadie está en casa y todo el mundo está en la plaza bailando, es durante las fiestas de Calamonte. Cuando toda su familia salió a divertirse, Mérida salió a la aventura. Una vez en el monte, se fue directo a la Cueva del Cerdo. Llegó sin problemas, se sabía el camino de memoria. Y pudo entrar gracias a un hueco, se lo había contado su abuela, que había al costado de la cueva, tapado por una planta con pinchos que logró pasar sin problema. Anduvo un tiempo largo, su reloj marcaba una hora de caminata ya, pero todavía no veía nada que le llamara la atención. Su cabeza no dejaba de pensar qué si fracasaba, su sueño de ir a Madrid al Museo más guay del mundo no ocurriría. Siguió caminando y empezó a escuchar unas voces. No daba crédito, recordó la advertencia de los guías de su pueblo sobre esas voces que algunos decían escuchar por las noches. Cada vez que se adentraba más en la cueva, las voces se hacían más y más fuertes. Esto sí que la asustaba y Mérida decidió que lo mejor era esconderse detrás de una piedra, para ver qué o quiénes eran los que producían esas voces. Mérida se asustó y se quedó muy quieta en su escondite, y así fue como se enteró del plan que estaban tramando estos dos “señores” muy sospechosos. Escuchó que se estaban llevando algunas antigüedades y las vendían en el mercado negro. Eso era

lo peor de lo peor para Mérida. Sus abuelos siempre le habían enseñado que las antigüedades tenían que estar en los museos para que se pudieran conservar bien, pero, sobre todo, para que todas las personas del mundo pudieran conocerlas y verlas. Esos objetos que estaban robando, nunca iban a estar en el museo y ¡nadie los podría contemplar! Tenía que idear un plan para detener a los ladrones y poder dar las reliquias al Museo de su ciudad. Se dió cuenta de que no podía hacerlo sola, así que lo primero que hizo fue escabullirse y se fue corriendo a avisar a sus abuelos que eran los únicos que la podían ayudar (y que no la regañarían por haberse escapado a la cueva de noche). Los encontró en la plaza del pueblo, con todos los vecinos. Así, todos se enteraron que había ladrones intentando robar las reliquias de su pueblo de la Cueva del Cerdo. Mérida guio a los policías a la cueva y entraron con cuidado. La cara de susto de los ladrones fue muy graciosa, no esperaban a nadie en esa cueva y menos que terminarían en cárcel. Esa misma noche dejaron que Mérida estuviese en la cueva junto a los Arqueólogos y pudiera ver cómo se trazaban las cuadrículas en el suelo y como se recogían todos los objetos que habían encontrado. Gracias a la captura de los ladrones, Mérida se hizo muy popular en su pueblo y la ciudad por la cual lleva su nombre. El alcalde decidió darle un trozo de vasija romana, que encontraron en la cueva, para que lo done al Museo de Arqueología de Madrid y así pueda inscribirse en el campamento. Mérida estaba tan contenta y feliz que se fue a hacer el documento de su descubrimiento y explicando cuánto amaba la Arqueología. Semanas después le llegó una carta desde Madrid, Mérida se emocionó y la abrió rápidamente. ¡La habían aceptado! Así fue como Mérida pasaría el mejor verano de su vida en Madrid, pero esa es otra historia que podré contaros más adelante. Estad atentos a la próxima aventura de Mérida y si sois pacientes os vais a enterar de cómo conocí yo a nuestra heroína.